

dado igual honor á Dios y á Lucifer, á Cristo y á Belial, al culto católico y á la herejía protestante, y al judaismo, y al budhismo, y hasta á la supersticion del negro del Africa, adorador del chacal y de la sierpe, pues esto significa la libertad de cultos. ¿Y de qué ha servido todo eso? Ha servido de acicate para los tibios, de despertador para los soñolientos, de estímulo para todos: esa libertad nefanda ha conmovido todos los corazones, y les ha hecho recordar que ellos son todos hijos de la Iglesia católica, y que deben á la Religion católica sus glorias y sus felicidades: esa division que se ha pretendido sembrar entre los españoles ha sido la ocasion para que todos hayan dado un grito que resuena por todas partes, diciendo: «Nosotros no queremos más política, ni más monarquía, ni más creencias que las de Recaredo, las de Pelayo, las de los Alfonsos, las de los Fernandos, las de los Reyes Católicos, las de los Felipes.»

Tambien, siquiera por esta vez, daré las gracias al protestantismo; porque éste se gloriaba de que al fin, despues de tres siglos de conatos inútiles, habia conseguido que se le abriesen las puertas de la nacion que siempre lo habia rechazado. Gloriábase, y se puso en movimiento. Hallábanse dispersos en las naciones protestantes muchos de nuestros hermanos, llevados allí por las tempestades políticas; sí, dispersos; porque ¡ay! por efecto de una revolucion, de cuarenta años ya, los españoles nos parecemos á esa raza proscrita por el deicidio que cometió, y andamos desparramados por cien naciones. El protestantismo creyó que habia llegado su hora, y congregó á nuestros hermanos dispersos, á quienes habia seducido con el oro, y les mostró talegas de ese metal, y les dijo: «Ahora vais á ser apóstoles volviendo á vuestra pátria, para que saqueis de la idolatría á vuestros compatriotas: marchad, pues; ahí teneis tesoros abundantes para que vivais, y además ahí los teneis para

que magneticéis las pupilas de los miserables.» Y al decir esto, les han dado sus títulos y diplomas, á quién de Obispo, á quién de diácono, expedidos en Lóndres, en Nueva York, en Berlin, por los jefes de las sociedades bíblicas, es decir, por comerciantes, por masones, por ateos, si se ofrece. Ni se contentaron con esto, pues tambien expidieron diplomas de diaconisas, para que éstas se introdujeran en las casas, quién como peinadora de señoras, quién como modista, y propagasen el evangelio de Lutero, Calvino, Beza y Carlostadio. Pero ¿qué ha sucedido?

Estos pobrecitos, seducidos ántes y seducidos últimamente, áun estando entre los protestantes, no lo eran en su corazon, ni tenian paz en sus almas; una aldaba les daba golpes sin cesar; una voz salia de lo íntimo de sus conciencias, y decia á cada uno: «Acuérdate de que eres español; de que todo español es católico; ten presente que fuiste engendrado por el Bautismo para tu Madre la Iglesia católica.» Esta voz los llamaba sin cesar; y cuando han vuelto á su pátria, se han encontrado solos y aislados como aves del desierto; aquí han respirado aire católico, pues en España hasta la atmósfera es católica, el hablar católico, el sentir es católico, y me atrevo á decir que hasta el pavimento de toda esta nacion despide un aroma de católico. Su corazon se ha encontrado oprimido, su alma agobiada hasta que han conocido la causa; la causa era el haberse dejado seducir por los fabricantes del error; pero, ayudados de los auxilios del cielo, y movidos por el ejemplo de sus compatriotas, é instruidos por las palabras de sacerdotes celosos, han abjurado el error, y han venido á dar gloria á Dios en presencia de la Iglesia católica, cuyos hijos protestan que han de ser para siempre. El protestantismo nos ha hecho por esta vez dos favores, pues él mismo, aunque inconsciente, ha devuelto á España y á la Iglesia sus propios hijos.

XVIII.

¿No hay motivos poderosos para alabar al Señor en este día? ¿No los hay para bendecir al que saca luz de las tinieblas y se sirve hasta de las pasiones de los malos para el aumento de su gloria? Vosotros mismos, mis amados oyentes, sois una prueba convincente de esta verdad: vosotros habeis redoblado vuestro celo ¡oh dignos ministros de Jesucristo! para atraer al centro de la verdad á los extraviados, y sostener en la fé á los débiles: vosotros, amados fieles, y digo esto á cuantos me oyen, ancianos, jóvenes, niñas y señoras adultas, vosotros os habeis convertido en apóstoles de la verdad, y andais por todas partes combatiendo contra ese mónstruo del protestantismo, y lo conjurais con vuestro celo para que se vaya á tierras lejanas, atraviase los mares y vuelva á los pueblos de donde ha venido.

Y cuando tanto os esforzais en gritar al mónstruo y decirle: *Vade retro, Satana!* cumple á mi ministerio animaros para que continúeis en esa guerra á muerte que le habeis declarado. *Guerra á muerte*, pues, os repito; pero esa guerra ha de tener por armas la caridad, se ha de expresar en obras no interrumpidas de piedad, y en desprenderos de una parte, aunque sea módica, de vuestros intereses terrenos, para aplicarlo á esa gran empresa. *Guerra á muerte* al mónstruo, vuelvo á decir, la cual ha de tener por objeto el ir arrancando poco á poco de las escuelas y capillas heréticas á cuantos los herejes han engañado, para que aquél, viéndose despreciado, huya de este suelo clásico del Catolicismo, y nos deje vivir en paz y en la felicidad que ha tenido la España en ser una en su Dios, una en su fé, una en su bautismo, una en su catolicidad.

Sea, pues, bendito el Señor por sus misericordias; y

llenos de santa alegría, digámosle hoy con los serafines, al ser testigos de su bondad: «Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llena está toda la tierra de su gloria.» Démosle gracias por haber devuelto á la patria y á la Religion á esos nuestros hermanos, y congratulémonos con ellos por este fausto acontecimiento, recibéndolos con nuestros brazos abiertos, y dándoles el ósculo santo de la caridad. Pidamos al Señor su perseverancia en el bien, y la nuestra, para que vivamos todos santamente en esta vida, y unánimes honremos á Dios Nuestro Señor y lo glorifiquemos en nuestras obras, á fin de alabarlo en la otra por toda la eternidad, que os deseo á todos, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Así sea.